

De la autobiografía de Hispanoamérica a la biografía de Puerto Rico. Los nuevos archivos de la narrativa

José Luis de la Fuente

1. Posmodernidad frente a poscolonialidad: Bronx versus Hollywood

Durante las últimas décadas, Hispanoamérica ha tratado de contarse a sí misma desde una óptica poscolonial. A partir de los sucesos conocidos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y la debacle de la razón occidental, sólo quedaron dos formas de afrontar lo real. Por un lado, la óptica metropolitana que procedía de los medios de comunicación de masas, de Hollywood, del infantilismo y lo *naïf*, que se dio en llamar el posmodernismo, con su falta de compromiso y su despreocupación por los problemas del mundo, para fijarse en los personales y familiares. Por otra parte, lo que se ha llamado poscolonialidad, vinculada a los procesos desconolizadores y a la confirmación de nuevas colonias de carácter económico que surgían en el mapa internacional que, tras el período anticolonial de raigambre marxista, traza una mirada dialogante pero más comprometida, que se centra, para el caso hispanoamericano, en la continuación de las tiranías, las invasiones extranjeras que prosiguieron durante todo el siglo XX y la falta de libertad política y cultural que generan dichos procesos. Este esquema sencillo no puede dar cuenta absolutamente de los fenómenos ocurridos en el campo político y cultural de la centuria pasada en Puerto Rico y en Hispanoamérica, pero sí puede servir de clarificador inicial para observar posteriormente algunos fenómenos en esos ámbitos.

En este horizonte de coordenadas, los personajes y los narradores hispanoamericanos han continuado soñando en América, si bien la Utopía contemporánea se ha desplazado al norte. Cuando emprenden su viaje en pos de la Utopía advierten que junto a Hollywood (o Las Vegas y Orlando) se encuentra el Bronx. Algunos narradores utilizan Hollywood como el lugar lejano donde los sueños se cumplen, donde la realidad representa el *american way of life* que siempre equivale a la felicidad. Son los casos

de las novelas de Manuel Puig (*The Buenos Aires Affair*, 1973), Osvaldo Soriano (*Triste, solitario y final*, 1973), José Emilio Pacheco (*Las batallas en el desierto*, 1981), Alfredo Bryce Echenique (*El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, 1985), y tantas otras que aún mantienen el mito cinematográfico de Hollywood como horizonte ilusorio, aun con los sinsabores de la realidad. Otros, en cambio, muestran que el sueño del Norte se queda en la pantalla cinematográfica y la mejora social resulta exigua y a costa de otros quebrantos. En definitiva, no existen las utopías, como se aprecia en las obras de Alfredo Bryce Echenique (*Un mundo para Julius*, 1970), José Donoso (*Donde van a morir los elefantes*, 1995), Guillermo Rosales (*Boarding Home*, 1987), Rodolfo Fogwill (*La experiencia sensible*, 2001), Rodrigo Rey Rosa (*Ningún lugar sagrado*, 1998) o Xavier Velasco (*Diablo guardián*, 2003) y tantos otros que buscan la utopía y encuentran la realidad. Antes de estas visiones, las obras de Manuel Zeno Gandía (*Redentores*, 1925), Guillermo Cotto Turner (*Trópico en Manhattan*, 1952), Enrique Laguerre (*La ceiba en el tiesto*, 1956, o *El laberinto*, 1959), Pedro Juan Soto (*Spiks*, 1957), José Luis González (*Paisa*, 1950, además de tantos de sus cuentos) y Emilio Díaz Valcárcel (*Harlem todos los días*, 1978), por citar sólo unos casos, habían confirmado que la utopía sigue siendo el mismo lugar ilusorio de otras épocas. Tampoco los viajes a la legendaria Europa –metrópoli de los imperios anteriores, paulatinamente sustituidos desde el siglo XX– resultan demasiado satisfactorios, por diversas razones, como sucede en el París de *Rayuela* de Julio Cortázar o *La vida exagerada de Martín Romaña* o *Guía triste de París*, o la España franquista de *Figuraciones en el mes de marzo* de Díaz Valcárcel. Las narraciones muestran que la realidad o es el sueño de Hollywood o la existencia desilusionada de los marginados del Bronx, de los que se ocupan algunas novelas puer-torriqueñas y de manera reveladora *Los amos benévolo*s de Enrique A. Laguerre. Posiblemente una existencia desilusionada sólo es capaz de soñar y ya no de luchar, pero con frecuencia la enajenación de los personajes los muestra absolutamente seducidos de irrealidad (algunos de Emilio Díaz Valcárcel o de Carmen Lugo Filippi, si bien mucho antes habría que considerar *Los vates*, 1949, de Tomás Blanco). Orlando y Las Vegas se convierten en las nuevas mecas de la despreocupación posmoderna, que encuentran sus reproducciones minúsculas en los hogares y las calles que dispone el poder. Frente a ellos, los angustiados por el exceso de realidad, por emplear las palabras del protagonista (Eduardo Leiseca) de *Figuraciones...*, y los preocupados permanentemente por las desgracias e injusticias que viven su pueblo o el mundo en el siglo más atroz y mortífero de la historia.

2. El pasado nacional: insularismo e historia

Antonio S. Pedreira habló del *insularismo* en el que se encontraba Puerto Rico y consideró que el olvido de la Historia suponía la pérdida de la identidad, tal como se reflejaba en las obras narrativas del período. Además, se sospechaba que la dependencia de Estados Unidos suponía un factor de aislacionismo añadido a la posición geográfica, histórica y política. Sin embargo, si se observa la producción de las generaciones posteriores, se advierte que los intelectuales de Puerto Rico no se han aislado. José Luis González vivía en México donde, como Pedro Juan Soto, publica sus obras, como Emilio Díaz Valcárcel, quien también editará algunas novelas en Barcelona; Luis Rafael Sánchez, en Buenos Aires, como algunas obras de Ana Lydia Vega. Rosario Ferré y Olga Nolla han publicado en México y en editoriales españolas. Mayra Montero edita habitualmente en Barcelona. No obstante, todos ellos han publicado todas o algunas de sus obras en editoriales puertorriqueñas, pero el hecho de ser extranjeras las casas editoras que se han interesado primero o con posterioridad por sus obras desdice la vieja visión insularista que se ha pretendido dar a la literatura de Puerto Rico; tal vez la insularidad corresponde a la literatura *en* Puerto Rico y las condiciones de su mercado y la distribución. Además, los autores entran en un círculo mercantil y literario más extenso que el del país, por lo que el aislamiento del que hablaba Pedreira comienza a quebrarse definitivamente con la generación del 50, cuyos miembros viajan, entran en contacto con los escritores hispanoamericanos del momento y leen y asimilan a los autores del siglo.

El mismo proceso había seguido unos años antes el resto de Hispanoamérica, donde los viajes de sus autores causaron una renovación extraordinaria y ésta, la admiración del mundo. La salida del aislamiento produjo el cambio extraordinario en las letras continentales: Borges viajó a Europa y en España conoció el ultraísmo, a Gómez de la Serna y a Cansinos Asséns; Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier y Arturo Uslar Pietri vivieron en París y participaron activamente en el grupo surrealista que lideraba André Breton. La salida del aislamiento motivó el cambio, al buscar una interpretación de lo americano a través de una perspectiva de distanciamiento de la Europa que comenzaban a abandonar. El realismo mágico pretendía ser esa respuesta hispanoamericana, aunque sus bases fueran de cuño alemán por el conocido libro de Franz Roh; y la definición que Carpentier despliega en el prólogo de *El reino de este mundo* y que llama «lo real maravilloso americano» encuentra su origen en las crónicas de Indias. Los viajes por Europa de Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, José Donoso o Mario Vargas

Llosa, entre otros, impulsan su obra a lo universal, como la de los narradores más jóvenes, muchos definitivamente afincados en el viejo continente.

No sólo la mirada hacia otras literaturas sino también la observación del pasado que exige en el prólogo Carpentier en 1949 y antes Borges en «Pierre Menard, autor del Quijote», de 1939, enfrentarán a los narradores hispanoamericanos a una realidad diferente, como se verá más adelante. Desde el momento en que por encima de los nacionalismos y el empuje del imperialismo los escritores son conscientes de poseer una historia común, exagerada y única, cada país y cada escritor abandona el aislamiento. Surge de nuevo una conciencia continental de carácter panhispanista motivada por los acontecimientos del 59 en Cuba y paulatinamente las obras de unos se publican en los países de otros. En los años 60, la comunicación entre los escritores es ya completa. Buenos Aires, México, Caracas y La Habana se constituyen en centros de la producción editorial y publican a autores de diversas nacionalidades. Entonces también entran en la escena las editoriales catalanas, que comienzan a publicar a los novelistas hispanoamericanos más jóvenes: Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Adriano González León, Vicente Leñero, e incluso a puertorriqueños como Emilio Díaz Valcárcel. Los escritores –muchos exiliados– no sólo se preocupan de sus países sino que se interesan por la revolución de Cuba, por la contra de Nicaragua, por la matanza de Tlatelolco, por las dictaduras del Cono Sur, por las amenazas exteriores que sufren de continuo desde mediados del siglo XIX. El éxito y el interés de la novela hispanoamericana se deben a su internacionalización, como explicó José Donoso; es decir, a la salida de su aislamiento.

La sensación en Puerto Rico es que su aislamiento ha sido, cuanto menos doble, si no triple por su condición geográfica. Porque además de no ser un estado propiamente de Estados Unidos, tampoco es un país independiente hispanoamericano. Ni es lo uno ni lo otro, por lo que no puede participar totalmente de los beneficios culturales de uno y de otro. No obstante, esto se puede ver de una manera inversa, porque lo cierto es que participa de ambos mundos y mira, según en qué aspectos, a Estados Unidos e Hispanoamérica, y a veces a España. José Luis González se injertó en México; Rosario Ferré ha publicado sus mejores novelas en Estados Unidos; y las dos grandes novelas de Emilio Díaz Valcárcel tienen su punto de partida en Madrid (*Figuraciones en el mes de marzo*) y Nueva York (*Harlem todos los días*), respectivamente. Sin embargo, si se observan las obras emblemáticas sobre la Nueva Novela que han publicado los autores hispanoamericanos más celebrados, los nombres puertorriqueños han quedado ausentes: ni Laguerre, ni González, ni Soto, ni Marqués, ni Díaz Valcárcel... Carlos Fuentes en *La nueva novela hispanoamericana* (1969) no incluye a ningún puertorriqueño entre la nómina de una decena de autores